

lio delante del altar con el cuerpo inmóvil, la mirada fija, el espíritu unido á Dios, como si nada extraordinario hubiese sucedido; al mirar á cuantos le rodeaban sobrecogidos de temor y de respeto, Valente no acostumbrado á semejante espectáculo sintió turbarse su cabeza y oscurecerse su vista; en un principio nadie fijó la atención en ello, mas al tener *que llevar hasta el altar su ofrenda que habia hecho con sus propias manos*, y al ver que nadie la recibia como así era costumbre, puesto que todos ignoraban si san Basilio queria ó no recibirla, vaciló de tal modo, que hubiera caido vergonzosamente á no tenerle la mano para sostenerle uno de los ministros del altar <sup>1</sup>.

Mientras se hacian las ofrendas cantábanse los Salmos, costumbre que se observaba ya en el siglo IV <sup>2</sup>, si bien su origen data de tiempos mucho mas remotos; trasladémonos sino al templo de Jerusalem, y veremos al pueblo judío ofrecer sus holocaustos y primicias entonando cánticos, y al sonido de las trompetas y atabales, á fin de manifestar el regocijo con que presentaba al Señor los dones que de su munificencia recibiera. Nuestros padres, no menos agradecidos que los judíos, acompañaron tambien sus ofrendas con el canto de los himnos sagrados; y así como hemos heredado su costumbre, ¿hemos heredado acaso su piedad para con Dios? Así pues, el ofertorio que cantamos aun en el día es, al mismo tiempo que una preciosa leccion, un venerable recuerdo, y se canta lentamente, á fin de dar tiempo al sacerdote para hacer la ofrenda del pan y del vino y rezar las oraciones acompañatorias.

Terminada la ofrenda del pueblo, el obispo se sentaba en su sitial, lavábase las manos, y volvía al altar; preparémonos para seguirle á él.

#### Oracion.

Dios mío, que sois todo amor, gracias os doy por haber rodeado el santo sacrificio de tantas oraciones y ceremonias hechas expresamente para reanimar mi fe y mi piedad; hacedme la gracia de que penetre su espíritu.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé la lectura del Evangelio como habria escuchado al mismo Jesucristo Salvador nuestro.*

<sup>1</sup> Fleury, t. IV, pág. 244.

<sup>2</sup> S. Aug. *Retract.* lib. II, c. 2.

## LECCION XIX.

### EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tercera parte de la misa (continuacion). — Ofertorio en los tiempos presentes.

Visto el modo como se hacia el ofertorio hasta el siglo XI, vamos á explicar cómo se hace en el día; el sacerdote descubre el caliz, á propósito de lo cual diremos que el uso de cubrir el cáliz con un velo existia ya en los primeros tiempos del Cristianismo <sup>1</sup>, y manifiesta el respeto que la Iglesia ha profesado constantemente á los vasos destinados al altar; descubierto el cáliz, extiende el corporal, es decir, el lienzo sobre el que debe descansar el cuerpo de Jesucristo. El corporal debe ser de lino, porque de lino era el sudario con que fué envuelto nuestro Señor, y así mismo lo decia san Jerónimo hace mil cuatrocientos años; el uso del corporal ha sido establecido por la Iglesia para mayor limpieza y para evitar los inconvenientes que podrian resultar de derramarse una gota de la preciosa sangre. Antiguamente el corporal era tan largo y ancho como la parte superior del altar, de modo que debia doblarse varias veces sobre el cáliz para cubrirlo <sup>2</sup>; mas como fuese esto muy incómodo, sobre todo desde que se introdujo la elevacion del cáliz, que algunos pretendian tener cubierto aun al elevarlo, se hicieron dos corporales mas pequeños; uno que se extiende encima del altar, y otro doblado del mejor modo para cubrir el caliz; poniendo un carton entre los dos dobleces de este último, á fin de que se mantuviese mas firme y de que fuese mas manual; el nombre que se le da es el de pália, que significa capa ó cobertor <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Canon. apost. 72; Bona, lib. I, c. 25.

<sup>2</sup> S. Greg. Tur. *Hist.* lib. VII, c. 12.

<sup>3</sup> Pallium; Bona, lib. I, c. 27. En Italia no existe el carton <sup>1</sup>, lo que hace mucho mas sensible el origen de la pália.

<sup>1</sup> Tampoco lo hay en España donde, como en Italia, se usa para cubrir el cáliz de un lienzo sencillo, bien que guarnecido de encajes. (*Nota del Censor de la LIBRERÍA RELIGIOSA*).

Descubierto el cáliz y extendido el corporal, el sacerdote toma la patena, sobre la cual está colocado el pan pequeño y redondo que llamamos hostia, es decir, víctima, porque debe ser cambiado en víctima santa; y sosteniendo la patena con ambas manos á la altura del pecho, el ministro sagrado eleva los ojos hácia el cielo y luego los inclina al suelo, expresando con tal postura y gesto que ofrece al Dios que está en el cielo aquella hostia tan santa y tan pura, á pesar de no ser mas que un indigno pecador; al mismo tiempo dice: «Recibid, Padre santo, omnipotente y eterno, la hostia inmaculada que os ofrezco, yo que no soy mas que vuestro indigno siervo, á Vos que sois mi Dios vivo y verdadero, por mis pecados, mis ofensas, y mis omisiones que son infinitas, por todos los asistentes y por todos los fieles cristianos, vivos y muertos, á fin de que aproveche á ellos y á mí para la salvacion de la vida eterna. Así sea.»

El sacerdote termina esta oracion haciendo la señal de la cruz, como para colocar á la víctima en la cruz donde debe ser inmolada<sup>1</sup>; en seguida coloca la patena parte sobre el corporal cubriendo la otra parte con el purificador, á fin de conservarla con la limpieza posible hasta que la necesite para la fraccion de la hostia; limpia el cáliz con un lienzo, llamado *purificador*, y derrama en él el vino y luego el agua, pero ésta en pequeña cantidad, porque la materia del sacrificio, la de que se sirvió el Salvador, es el vino y no otro líquido. Esta mezcla de agua y de vino es tan antigua como la institucion de la santa Eucaristía, pues la tradicion nos anuncia que el Salvador puso agua en la copa de vino que consagró<sup>2</sup>, en lo que se conformó con el rito de los judíos, segun el cual debia haber en la copa pascual vino mezclado con agua.

Semejante mezcla está llena de misterios, de los cuales el mas instructivo para nosotros es este: el agua representa el pueblo, idea expresada por el mismo san Juan<sup>3</sup> y por otros muchos santos Padres<sup>4</sup>; y debiendo nosotros no formar con Jesucristo mas que un solo cuerpo, debemos por consiguiente ser consagrados con él: Je-

<sup>1</sup> Durandus, lib. IV, c. 30, n. 13.

<sup>2</sup> Véanse las liturgias de san Jaime, de san Basilio y de san Juan Crisóstomo; á san Justino, *Apol. II*; á san Cipriano, lib. II, *Epist. III*, etc.; á Bona, lib. II, c. 9.

<sup>3</sup> Apoc. XVII, 15.

<sup>4</sup> S. Cyril. *Epist. LXIII*.

sucristo se hizo semejante á nosotros tomando nuestra naturaleza; pero quiere además que la union sea perfecta y que nos hagamos semejantes á él resistiéndonos con su divinidad. Pues bien, aquella mezcla de agua y de vino es una imágen de la adorable union de Dios y del hombre que se verificó en la encarnacion; de la union del hombre con Jesucristo que se verifica en la comunión, y de la consumacion del hombre en Dios que se verificará por medio de la gloria<sup>1</sup>. Estas son las grandes ideas que se expresan en la oracion que hace el sacerdote al bendecir el agua que representa al pueblo fiel, el agua que va á confundirse con el vino del sacrificio, al pueblo que por la transustanciacion en breve no formará mas que uno con su Señor Jesucristo.

«¡Dios mio! dice el sagrado ministro, Vos que dotásteis tan admirablemente al hombre de tan noble naturaleza, y que le rescatásteis de un modo mas admirable aun, haced que por el misterio de esta agua y de este vino seamos partícipes de la divinidad de vuestro Hijo Jesucristo, nuestro Señor, que tuvo á bien participar de nuestra humanidad, el que siendo Dios vive y reina junto con Vos en la unidad del Espíritu Santo, en todos los siglos de los siglos. Así sea.»

En las misas de Difuntos el sacerdote no bendice el agua con la señal de la cruz, por causa de la misteriosa significacion del agua; en efecto, no se emplea aquél signo exterior para bendecir el agua, símbolo del pueblo, porque se trata entonces de las almas del purgatorio, las cuales no pueden ser bendecidas por el celebrante. Hemos dicho que únicamente se pone en el cáliz una escasa cantidad de agua «á fin», dice un concilio, de que la majestad de la sangre de Jesucristo sea en él mas abundante que la fragilidad del pueblo representado por el agua<sup>2</sup>. En las misas solemnes el subdiácono es el que pone el agua en el cáliz y el diácono presenta el pan y el vino, á fin de que conozcamos con evidencia que el sacerdote no ofrece solo, que no sacrifica para sí solo, que no desempeña un ministerio extranjero para el resto de los fieles: el diácono y el subdiácono, que son como un intermedio entre el lego y el presbítero, representa en esta ocasion el pueblo entero; y poniendo en manos del celebrante las sustancias que deben ser consagradas, las ofre-

<sup>1</sup> *Mixtura Dei et hominis. (S. Aug.)*.

<sup>2</sup> Concilio de Tribur, can. 19, celebrado en 895.

cen en cierto modo en nombre del pueblo por manos del sacerdote. ¡Qué lección para todos!

Y ¿qué diremos de la que se desprende de los elementos elegidos por el Salvador para su sacrificio? El pan, compuesto de muchos granos de trigo, y el vino, hecho de muchos granos de uva, representan admirablemente la Iglesia, compuesta de muchos miembros extraídos de la masa corrompida, para ser convertidos en Jesucristo y formar su cuerpo místico, del mismo modo que aquel pan y aquel vino se han trocado realmente en su cuerpo natural y en su verdadera sangre. ¿Qué enseñanza y qué aplicación más elocuente se quiere de esta verdad, base de todas las sociedades, principio de todas las virtudes y de todos los generosos sacrificios: *No debéis tener entre todos sino un corazón y un alma?*

Así pues, el pan y el vino ocupan el lugar de los que los ofrecen, y con ellos el de toda la Iglesia, pues siendo el pan y el vino el alimento, la subsistencia, y como la vida de los hombres, al ofrecerlos en el altar, ofrecen en cierto modo su vida y el mundo entero que fué criado para ellos; ofrécese á sí mismos á Dios á fin de ser sacrificados á su gloria con su jefe Jesucristo, y en efecto, esta es la verdadera disposición en que debemos encontrarnos para hacer la oblación del pan y del vino con el celebrante. *Cuando te sentares á comer con un príncipe, dice la Escritura, mira con atención las cosas que te han puesto delante. Y pon un cuchillo en tu garganta, y sabe que el príncipe espera que le corresponderás con otro tanto*<sup>1</sup>. «Y ¿cuál es esta mesa, pregunta san Agustín, sino aquella en que recibimos el cuerpo y «la sangre de Jesucristo? Y ¿qué significan estas palabras: Y sabe «que el príncipe espera que le corresponderás con otro tanto, sino lo «que dijo san Juan: *Así como Jesucristo dió su vida por nosotros, así «también debemos nosotros darla por nuestros hermanos*»<sup>2</sup>?» Así pues, al acercarnos al augusto sacrificio, al asistir á la misa, debemos hacerlo como víctima, y víctima inmolada con Jesucristo y por los mismos fines que Jesucristo, es decir, por la gloria de Dios y el bien de nuestros hermanos; esta grande disposición contiene todas las demás.

Preparado así el cáliz, el sacerdote vuelve al medio del altar, y lo

<sup>1</sup> Prov. xxiii, 1, 2; Eceli. xxxi, 12. Véanse respecto de esto los magníficos Comentarios de los santos Padres en Cornel. à Lapid. in Proverb. xviii, 1, 2, y Eceli. xxxi, 12.

<sup>2</sup> S. Aug. Serm. XXXI.

ofrece como ha ofrecido el pan, con la diferencia de que no habla solo por sí, sino en nombre de toda la asamblea, á la que eleva, por decirlo así, hácia el cielo en aquella agua mezclada con el vino del cáliz; así pues, con la vista fija en las santas montañas y teniendo el cáliz á la altura de su frente, dice: «Os ofrecemos, Señor, esta copa salvadora, y pedimos á vuestra clemencia que la haga ascender como un «suave perfume hasta la presencia de vuestra divina Majestad, para «nuestra salvación y la del mundo entero. Así sea.» Esta bella oración nos manifiesta claramente lo mismo que dijo Tertuliano; esto es, que Jesucristo es el sacerdote católico del Padre; su sangre purificó la tierra y el cielo, pues *él es propiciación por nuestros pecados, y no tan solo por los nuestros, mas también por los de todo el mundo*<sup>1</sup>.

Después de esta oración el sacerdote hace con el cáliz la señal de la cruz en el altar, para manifestar que coloca la ofrenda sobre la cruz de Jesucristo; y luego, como debemos temer que nuestra indignidad mezcle á la ofrenda algo que sea desagradable á Dios, el sacerdote se inclina sobre el altar con las manos juntas, en actitud suplicante, y dice en nombre de todos los asistentes lo mismo que repetían los jóvenes hebreos cautivos en Babilonia, al ofrecerse valerosamente en holocausto para ser arrojados al horno: «Recibidnos, Señor, á nosotros que nos presentamos ante Vos con espíritu humillado y corazón contrito, y haced que nuestro sacrificio se cumpla hoy en «vuestra presencia de un modo que os lo haga agradable.»

Entonces el celebrante eleva los ojos y las manos al cielo para llamar al Espíritu Santo, al Espíritu de fuego, al Espíritu santificador, que consumió algunas veces visiblemente los holocaustos antiguos, y que cada día consume, cambiándolos de un modo tan admirable, los dones que ofrecemos. Para ello dice: «Venid, santificador omnipotente, eterno Dios, y bendecid este sacrificio preparado en gloria de vuestro santo nombre.» Al pronunciar la palabra *benedicid*, hace la señal de la cruz sobre el cáliz y sobre la hostia, para indicar que solo por la virtud de la cruz espera el Espíritu Santo la santificación de los dones que deben ser convertidos en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo.

¡Ah, precioso momento para ofrecernos! ¡precioso motivo de confianza! No somos presentados solos á Dios, no; ¡ay! ¿quién nos admitiera con nuestra indignidad? pues presentados con Jesucristo for-

<sup>1</sup> I Joan. II, 2.

mamos con él una sola persona; esto hace que Dios, por decirlo así, no puede ya rechazarnos, y como no puede negar nada á su Hijo, como le complace siempre, segun expresion de san Pablo, por el respeto que le es debido, de aquí que se ve obligado á recibírnos con él, quedando nuestra miseria y nuestra imperfeccion oculta y como absorbida con la infinita dignidad de la persona de Jesucristo. Penetrémonos, pues, de los sentimientos de oblacion á que la circunstancia nos invita; ofrezcamos el bien que está en nosotros á fin de que, unidos á los méritos del Salvador, sea purificado de las imperfecciones con que lo mezclamos y sea digno de Dios; ofrezcamos el mal que está en nosotros á fin de que sea ocultado y consumido por la inmensa caridad de la Víctima; ofrezcamos tambien nuestro cuerpo y sus sentidos todos, nuestra alma y todas sus facultades, pues Jesucristo, nuestro hermano mayor, nada se reserva, y desde el momento en que asistimos á su sacrificio cesamos de pertenecer-nos, y consentimos en ser víctimas con él, y en ofrecerlo todo á Dios, de quien todo lo hemos recibido y á quien todo pertenece.

En las misas solemnes, despues de la oracion *Offerimus*: *Ofreemos*, el diácono toma la patena de encima del altar y la entrega á un acólito, el cual la guarda cubierta hasta llegar al *Pater*: la razon de semejante ceremonia es la siguiente: Durante los seis primeros siglos consagrábase el pan sobre la patena <sup>1</sup>, mas colocado despues sobre el corporal no fué ya necesaria aquella para romper la hostia, y si bien se habria podido dejar en el altar como se practica en las misas rezadas, si hubiese sido siempre tan pequeña como ahora, sin embargo, como siendo las asambleas muy numerosas y debiendo comulgar en ellas gran número de fieles debia la patena contener cuanto el sacerdote consagraba, era por lo tanto un plato muy grande del que convenia desembarazar el altar despues de la oblacion <sup>2</sup>. Esta es la razon de una ceremonia que al mismo tiempo que nos recuerda el fervor de nuestros padres por la comunión, nos transporta á una época anterior á la nuestra de once siglos.

La patena se guarda en la iglesia por uno de los ministros en vez de ser llevada á la sacristía, á fin de que el sacerdote la tenga á la mano cuando la necesite; y al terminar el *Pater*, el acólito la en-

<sup>1</sup> Sac. S. Greg. *apud Menard.* pág. 154.

<sup>2</sup> Se ha hablado de patenas de oro y de plata que pesaban veinte y cinco y treinta libras.

trega al subdiácono y éste al diácono, el cual la conserva por un instante elevada á fin de advertir al pueblo que se acerca el momento de la comunión, llevándola en seguida al altar y presentándola al celebrante <sup>1</sup>. En las misas solemnes luego de terminadas estas oraciones y ceremonias, el diácono presenta la naveta al celebrante, quien bendice el incienso é inciensa primeramente el pan y el vino; segun hemos dicho ya, el incienso es el símbolo de nuestras oraciones y de la ofrenda de nosotros mismos, y el sacerdote inciensa el pan y el vino, para indicar mas sensiblemente que unimos á estas oblaciones nuestros votos, nuestras personas y nuestros bienes: así lo expresan claramente las oraciones que el sacerdote reza durante la incensacion de las ofrendas y del altar.

En algunas iglesias se verifica despues de la incensacion la ofrenda del pan bendito, lo mismo que las diferentes cuestaciones, siendo de gran importancia reanimar nuestra fe sobre estas costumbres tres veces venerables por su antigüedad, por los tiernos recuerdos que despiertan, y por las lecciones que de ellas se desprenden.

*En esto conocerán todos que sois mis discípulos*, decia el Salvador, *si tuviéreis caridad entre vosotros* <sup>2</sup>; y fieles á este mandato nuestros padres en la fe solo tenían un corazón y una alma <sup>3</sup>, no siendo la Iglesia otra cosa que una gran familia esparcida por todas las partes del mundo: sin embargo, aquellos hermanos que se amaban sin haberse visto jamás quisieron darse entre sí un signo visible de la caridad que los unia, y eligieron el mas elocuente de todos, el pan, pues compuesto éste de muchos granos de trigo de tal modo mezclados que *forman* un solo y mismo todo, expresaban, enviándoselo, que todos ellos eran *uno*, semejante en cierto modo á las divinas Personas que son *uno* solo entre sí. Á este pan se le dió el nombre de eulogia en razon de que se bendecia antes de enviarlo; esta costumbre data de los tiempos apostólicos <sup>4</sup>, y tambien se remitia la Eucaristía, que los diáconos llevaban á las iglesias mas apartadas <sup>5</sup>; siendo este el venerable origen del pan bendito.

En un principio estuvo en uso para indicar y conservar la union

<sup>1</sup> Rubriq. de miss. paris.

<sup>2</sup> Joan. XIII, 35.

<sup>3</sup> Act. IV, 32.

<sup>4</sup> S. Paulin. *Epist. XLI ad S. Aug.*

<sup>5</sup> *Ibid.* y Eusebio, lib. V, c. 24.

entre los cristianos separados entre sí, y luego como un signo de union entre los que se encuentran juntos en una misma misa; pues si bien el signo de union por excelencia es la comunion, como por desgracia en los tiempos actuales no todo el mundo comulga, la Iglesia ha instituido otro signo que suple á la recepcion del cuerpo y de la sangre del Salvador, á fin de que los cristianos de hoy puedan decir como los de los primeros dias: *Participamos de un mismo pan*<sup>1</sup>. ¡Y bien! ¿es posible hallar un medio mejor para recordar á los hombres la gran verdad, base de las sociedades y garantía de la felicidad pública, á saber, que son todos hermanos, todos iguales delante de Dios, puesto que todos comen del mismo pan; que deben amarse los unos á los otros y no formar mas que una sola familia? ¡Oh Dios mio! ¿por qué vuestra santa Religion es tan mal comprendida y peor observada<sup>2</sup>?

Lo que antecede nos manifiesta los sentimientos de respeto, de alegría, de caridad y de confianza que debemos abrigar al recibir el pan bendito. 1.º Debemos respetarlo, pues los Padres de la Iglesia advierten á los fieles tener un profundo respeto por estos dones, en cuanto han recibido la bendicion de los sacerdotes, y no permitir que sea pisada, ni aun por un voluntario descuido, la menor parte de ellos. 2.º Debemos recibirlo con sentimientos de alegría y de caridad, pues ¿por ventura no es muy dulce sentarse con sus hermanos á la mesa del Padre comun, y comer en ella el mismo pan sin distincion de ricos ni de pobres, de sabios ni de ignorantes; y pensar que millares de corazones responden á los latidos del nuestro, y que el pan de fraternidad que comemos en aquel momento, otros hermanos nuestros lo comen tambien en Asia, en América, en China, y aun en las islas, hasta poco há salvajes, de la Oceania? Tan grande leccion de caridad ¿fué jamás tan necesaria como en un siglo en que el egoismo tiende á marchitar los corazones, en que el lujo ha puesto entre los hombres tan grandes desproporciones? 3.º Debemos someterlo con santa confianza, porque aquel pan, para nosotros bendecido, puede alejar de nuestros cuerpos y mas todavía de nuestras almas cuanto pudiera turbar su armonía, y esto con la remision del pecado venial.

<sup>1</sup> I Cor. x, 17.

<sup>2</sup> En la diócesis de Besanzon no se reparte el pan bendito el dia de Pascua, pues como aquel dia todos están obligados á participar de la realidad, el símbolo ó imágen es del todo inútil.

Junto con el pan bendito se ofrece un cirio y una moneda, costumbre que nos traslada á los tiempos antiguos en que los fieles ofrecian cuanto era necesario para el sacrificio y para la subsistencia de los sagrados ministros: el pan, las luces y las limosnas.

En muchas iglesias, á la distribucion del pan bendito sigue la cuestacion, costumbre que á nuestro entender es tierna y natural entre todas; en efecto, las *doctrinas* y las *ceremonias* de la Iglesia deben *traducirse en buenas obras*, porque la caridad es esencialmente activa; y despues que los hijos de la gran familia han comido el pan de la fraternidad, quiere la Iglesia que den pruebas reales y eficaces de la caridad que los une; así es que se presenta á ellos implorando su compasion por sus hermanos necesitados; ya son huérfanos que deben ser criados; ya pobres vergonzantes que deben ser socorridos y alojados; ya achacosos ancianos á quienes es preciso procurar los consuelos y cuidados que su edad y sus sufrimientos reclaman; ya enfermos, moribundos á los que son necesarios auxilios corporales ó espirituales; ya difuntos, porque los difuntos son tambien nuestros hermanos; ya finalmente es el mismo Jesucristo pidiendo por su altar que no está adornado con toda la decencia que conviene, por su templo, cuya desnudez y pobreza excitan la compasion de los mismos pobres.

Estas causas, que dan motivo á nuestras cuestaciones, existian ya hace diez y ocho siglos, y el mundo vió al gran Apóstol, recorriendo las vastas provincias de la Grecia y del Asia, haciendo en las asambleas de los fieles cuestaciones para sus pobres hermanos de Jerusalem. «Estableció, dice san Juan Crisóstomo, que tendrian lugar el domingo<sup>1</sup>; y en su consecuencia al llegar el dia del sol, es «decir, domingo, cada uno de nosotros, dicen Tertuliano y san Justino, lleva á la asamblea su módica ofrenda, proporcionada á sus «medios; nadie está obligado á contribuir con una cantidad fija, y «se forma un tesoro de piedad que empleamos en consolar á los «pobres, á los enfermos, á los huérfanos, á los desterrados, y á los «que están condenados á las minas á causa de su fe<sup>2</sup>.»

Si preguntais por qué estableció san Pablo que las cuestaciones y limosnas se hiciesen especialmente el domingo, os contestará san Juan Crisóstomo diciendo: «Porque el domingo es el dia en que el infierno

<sup>1</sup> Serm. XXII.

<sup>2</sup> Apol. c. 39.

«fué vencido, el pecado aniquilado, los hombres reconciliados con «Dios, y devuelta á nuestra raza su antigua gloria, ¿qué digo? una «gloria mayor, en la que alumbrá el sol el admirable milagro del «hombre convertido de repente en inmortal. Pablo, que deseaba con- «mover nuestro corazón, eligió este día para implorar nuestra cari- «dad, diciéndonos: Piensa, ó hombre, en los males de que te has «visto libre en este día, y en los bienes de que durante el mismo has «sido colmado. Si celebramos con banquetes y regalos á nuestros «amigos el aniversario de nuestro nacimiento, ¡con cuánta mayor «razón debemos honrar con nuestras liberalidades el día que puede «ser llamado sin vacilar el del renacimiento de todo el género hu- «mano <sup>1</sup>!» El mismo Padre exhorta en seguida á los fieles á destinar cada domingo algo para los pobres, pues san Pablo no exceptúa á nadie cuando dice que cada uno, *unusquisque*, haga alguna limosna, ni aun á los pobres, pues sin duda no lo serán tanto como la viuda del Evangelio, la cual solo tenía dos pequeñas monedas y las dió.

El elocuente Patriarca manifiesta acto continuo la razón por que la Iglesia permite que los pobres mendiguen en la puerta de sus templos. «Esto es, dice, para que puedan todos purificar sus ma- «nos y su conciencia por medio de la limosna antes de entrar en «ella; la costumbre de establecer fuentes delante de las puertas de «las iglesias y de los oratorios, á fin de que sea posible llevarse las «manos antes de entrar y de orar en ellas, es sin duda muy lauda- «ble y santa, pero mas santa y mas necesaria es todavía la que co- «loca á los pobres en la puerta de nuestros templos para lavar las «manchas de nuestra alma, antes de presentarnos delante de la ma- «jestad del Dios tres veces santo; así pues, nuestros padres pusie- «ron á los pobres en las puertas de nuestras iglesias como fuentes «de purificación, pues la limosna es mas eficaz para purificar nues- «tras almas que el agua para purificar nuestras manos <sup>2</sup>.»

Guardaos, pues, de abolir las cuestaciones de nuestras misas so- lemnes, pues destruiríais uno de los mas preciosos restos de nues- tra santa antigüedad: concíbese fácilmente que los protestantes, para quienes el pasado es mudo, y cuyas doctrinas dividen en lu-

<sup>1</sup> Si nos natalitia celebramus, etc., quanto magis nobis dies iste observan- dus, quem si quis natalitium totius naturæ humanæ appellet, non errabit! (Serm. XXII).

<sup>2</sup> Serm. XXV.

gar de unir, hayan suprimido las cuestaciones; pero la Iglesia cató- lica las conservará mientras sea fiel heredera del pasado, mientras sienta en su corazón un amor maternal, mientras sepa que la caridad debe producirse con obras y no con vanas palabras. Por otra parte, ¿qué preparación mejor puede haber para el sacrificio y la santa comunión que esta limosna hecha por el amor del Dios que va á darse á nosotros, y en presencia de los fieles para edificarles?

Volvamos ahora al altar, y ved al sacerdote volviendo al lado de la Epístola y lavándose los dedos; antigua ceremonia que se funda en dos razones, natural la una y misteriosa la otra: la natural consiste en que las dos ceremonias que preceden, á saber: la recepción de las ofrendas de los fieles, del modo que se practicaba en los pasados siglos, y la incensación, que se practica todavía, pueden manchar las manos y exigir que el sacerdote se lave por razones naturales y de decoro; la razón misteriosa consiste en enseñar á los sacerdotes y á los fieles que para ofrecer el sacrificio deben purificarse de las menores manchas. «Habeis visto, dice san Cirilo de Je- «rusalen, que un diácono presenta lo necesario para lavarse las ma- «nos al sacerdote celebrante y á los demás presbíteros que se hallan «al rededor del altar; y ¿pensais acaso que sea esto para limpiarse «el cuerpo? De ningún modo, pues al entrar en la iglesia no tene- «mos por costumbre hallarnos en estado de tener necesidad de la- «varnos para estar limpios; aquel lavatorio nos recuerda que debe- «mos estar puros de todos nuestros pecados, en cuanto nuestras «manos significan las acciones, y lavar nuestras manos no es otra «cosa que purificar nuestras obras <sup>1</sup>.»

Conforme á semejante idea, la rúbrica solo prescribe á los sacerdo- tes la ablución de la extremidad de los dedos: «ablución, dice san «Dionisio, que no se hace para lavar el cuerpo, pues lo ha sido ya, «sino para indicar que el alma debe purificarse de sus menores man- «chas, y por esto es que el sacerdote se lava únicamente el extremo de «los dedos y no las manos.» Al lavarse las manos, el celebrante reza el salmo *Lavabo*, que se adapta tan admirablemente á aquella ac- ción, que ya en los primeros siglos se rezaba en igual circunstan- cia <sup>2</sup>. ¿Nada dice á los fieles semejante espectáculo? ¿No deben ellos también estar puros para asistir á los tremendos misterios? Si es así,

<sup>1</sup> Catec. Mist. V.

<sup>2</sup> Dionys. *De Eccl. Hier.* c. 33; Liturg. S. Chrys. Euchol. Græc. p. 60.

repitan entonces con toda la sinceridad de sus corazones: Lavadme, Señor, de todas mis iniquidades, purificad las ideas de mi mente y los deseos de mi corazón, á fin de que pueda unirme á las disposiciones del sacerdote, y participar de los frutos del sacrificio.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por recordarme con la ofrenda del pan bendito que todos somos hermanos; hacednos la gracia de que nos amemos los unos á los otros como á hijos de una misma familia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *contribuiré siempre que pueda á la cuestacion del domingo.*

LECCION XX.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Tercera parte de la misa (continuacion). — *Orate fratres.* — Cuarta parte de la misa. — Prefacio. — *Sanctus.* — Cánon. — Dípticos.

I. Tercera parte de la misa (continuacion). — Despues que en nombre de la Iglesia el sacerdote ha ofrecido el pan y el vino, y los fieles se han ofrecido con él para reconocer el supremo dominio de Dios y para la expiacion de sus pecados, vuelve al medio del altar, hace una ligera inclinacion, presenta la oblacion á la santísima Trinidad, y le manifiesta el objeto que se propone al presentársela, que no es otro que en memoria de los misterios de Jesucristo, y en honor de los Santos, es decir, para dar gracias á Dios por los favores con que nos ha colmado y para merecer su proteccion; para esto dice la siguiente oracion: «Recibid, santísima Trinidad, la oblacion que os ofrecemos en memoria de la Pasion, de la Resurreccion y de la Ascencion de Jesucristo nuestro Señor y en honor de «la bienaventurada María siempre Virgen, de san Juan Bautista, de «los apóstoles san Pedro y san Pablo, de estos <sup>1</sup> y de todos los Santos, á fin de que sirva para su exaltacion y para nuestra salvacion, «y de que aquellos de que hacemos conmemoracion en la tierra se «dignen interceder por nosotros en el cielo. Por Jesucristo Señor «nuestro. Así sea.»

Esta antigua oracion <sup>2</sup> menciona todas las personas que tienen derecho al sacrificio, aunque de un modo distinto: Dios, á quien se ofrece; Jesucristo, que es la víctima ofrecida no solo á Dios sino tambien en memoria de su propia Pasion, de su Resurreccion y de su Ascencion, y por consiguiente elevada delante del trono de Dios para estar siempre en su presencia y abogar por nuestra causa; y

<sup>1</sup> El sentido de estas palabras era antiguamente este: De los santos cuya fiesta se celebra; mas en el dia significa: de los Santos cuyas reliquias están depositadas aquí.

<sup>2</sup> Bona, lib. II, c. 9.